



CUENTOS DE TERROR

VOLUMEN 5

SCARE STREET

Cuentos de terror

volumen 5

Escrito por Ron Ripley, Rowan Rook, y Sara Clancy

Traducido por Matias Presta

Editado por J. Andrés Parra y Paula Rain

Copyright © 2020 por ScareStreet.com

Todos los derechos reservados. Este libro o cualquier parte del mismo no se puede reproducir ni utilizar de ninguna manera sin el permiso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o eventos reales es pura coincidencia.

¡Gracias e Historias Extra!

Nos gustaría tomarnos un momento para agradecerte por tu continuo apoyo. ¡Tú haces todo esto posible! Para mostrarte realmente nuestro aprecio por descargar este libro, estamos regalando algunas de nuestras historias de terror. **¡Nos encantaría enviarte algunas historias de terror completas en 3 formatos (MOBI, EPUB y PDF) absolutamente gratis!** ¡Esto seguramente hará que los escalofríos recorran tu columna vertebral!

Descarga tus historias de terror, obtén relatos cortos gratis y recibe futuros descuentos visitando www.ScareStreet.com/regalo

Nos vemos en las sombras,
El Equipo de Scare Street

Índice

[Pequeña niña perdida Por Ron Ripley.](#)

[El regalo Por Rowan Rook](#)

[Vehículos estacionados Por Sara Clancy.](#)

[¡Historias extra GRATIS!](#)

Pequeña niña perdida

Por Ron Ripley

La pistola de clavos se sacudió y escupió mientras Ethan instalaba los refuerzos en los nuevos postes. Sus herramientas y su equipamiento estaban esparcidos por la gran habitación, la pared de yeso estaba descubierta y los postes dejaban ver el resto de la casa. Al igual que la sala de estar en la que Ethan trabajaba, tanto el baño como la cocina estaban al descubierto. Las tuberías estaban atadas con alambre, los subsuelos estaban manchados y maltrechos, y todos los electrodomésticos de la cocina habían desaparecido. También faltaban puertas y ventanas.

Ethan había comprado la casa en una subasta, y tenía la intención de venderla más cara una vez que la arreglara por completo. Desafortunadamente, estaba dedicando mucho más tiempo al proyecto de lo que originalmente había previsto.

Leeré la letra pequeña la próxima vez, se dijo mientras recargaba la pistola de clavos, me aseguraré de hacer preguntas.

Esos pensamientos fueron producto de lo que había encontrado cuando llegó para inspeccionar su nueva compra. La casa, que se encontraba en el centro de trece acres arbolados, había pertenecido previamente al coronel William Davenport, retirado de los USMC. El coronel había luchado en Filipinas durante la Segunda Guerra Mundial y, de acuerdo con la historia del hombre en Wikipedia, tenía una gran colección de militaría y arte popular filipino. Todo lo había donado antes de su muerte.

El coronel había muerto en la cama, en su casa.

Ethan sabía de esta muerte, había sido parte de la divulgación general. Lo que no sabía, y de lo que no se enteró hasta después de comprar la propiedad, fue el hecho de que el coronel había muerto en la cama el primero de junio. Su cuerpo no fue descubierto hasta el 30 de agosto, cuando un cartero contrariado quería saber por qué el coronel ya no estaba revisando su apartado postal.

Bueno, pensó Ethan, mirando hacia donde había estado el techo, obtuvo su respuesta.

El subsuelo del segundo piso estaba manchado de un marrón oscuro, y aún se podía detectar un olor viciado y pútrido en el aire fresco de octubre.

El estómago de Ethan todavía se revolvía y se estrujaba al recordar cuántas veces había vomitado mientras destripaba el techo y el piso de la habitación del coronel.

Todavía tengo que cortar el piso y reemplazar esas vigas, pensó, frunciendo el entrecejo. Echó un vistazo al subsuelo de la sala de estar, negando con la cabeza mientras miraba las pequeñas manchas que también había allí.

La alarma de su teléfono sonó; apoyó la pistola de clavos, se quitó las gafas de seguridad y las colocó junto a ella. Se estiró un poco, sacó el teléfono del bolsillo y apagó la alarma. Era lo único para lo que el teléfono servía. No había señal en la casa, al menos con el plan que tenía.

Son las 9 a. m. y es hora del café, pensó, sonriendo. Ethan salió de la casa y se dirigió hacia su camioneta negra. Disfrutaba del aroma limpio del viento de octubre mientras miraba hacia la propiedad. El camino de entrada, largo y de tierra, se extendía hasta perderse de vista, dejando solo una pared de robles y arces que rodeaban la vivienda. Había aproximadamente medio acre de césped, la mayor parte se había sembrado a principios de la temporada. Las hojas de los árboles comenzaban a cambiar, y Ethan sabía que necesitaría conseguir ventanas cuanto antes.

Tendré que traer un segundo generador y un calefactor, pensó, sacando su termo de café de la cabina de la camioneta.

Se sirvió una taza, tomó un sorbo y sonrió.

Su sonrisa se desvaneció cuando un gemido atravesó el aire de la mañana. Ethan se quedó petrificado, el vaso de plástico a medio camino de su boca.

“¡Tulong!” La voz era la de una niña, y aunque Ethan no sabía lo que significaba, el mensaje era claro. Estaba pidiendo ayuda.

Ethan apoyó la taza sobre el capó de la camioneta mientras la niña sollozaba y gritaba: “¡Tulungan n’yo po ako!”.

“¡Hola!”, gritó Ethan, mirando para todos lados, tratando de localizar el sonido. “¡Oye, dónde estás!”.

La niña gemía, el sonido provenía del lado izquierdo de la casa. Ethan se apresuró, el corazón le latía con fuerza mientras miraba a su alrededor tratando de ubicarla. “¡Oye, niña! ¿Dónde estás?”.

“¡Tulong! ¡¡¡Parang awa n’yo na, tulong!!!”, se lamentó.

Maldición, no habla español, pensó, corriendo hacia el límite del bosque. La voz de la niña provenía directamente de detrás de la casa. La

maleza llenaba los espacios vacíos entre los troncos de los viejos árboles, y Ethan se preguntó cómo la niña se había adentrado tanto en el bosque.

Por aquí están los huertos de manzanas, pensó. Podría haberse perdido mientras estaba con su familia. Sin embargo, es una caminata demasiado larga. Tiene que ser al menos un kilómetro y medio, si no más. ¡Y cómo demonios pierdes un hijo aquí afuera!

Llegó al límite del bosque y se detuvo. Ahuecando sus manos alrededor de su boca, Ethan gritó: “¿Dónde estás?”.

“¡Tulong!”. El grito parecía provenir de no más de unos seis metros adentro del bosque.

Maldita sea, murmuró. Suena como si tuviera alrededor de cuatro años. No creo que pueda acercarse hasta donde yo estoy.

“¡Oye, niña!”, gritó Ethan. “¡Voy a entrar al bosque! ¡Quédate donde estás!”.

Un sollozo fue la única respuesta que recibió. Avanzando a través de la maleza, Ethan hizo una pausa, dejando que sus ojos se acostumbraran a la penumbra del bosque. La cortina de hojas era lo suficientemente grueso como para que la luz fuera casi como el ocaso. Cuando se detuvo para escuchar a la niña, se dio cuenta de que el bosque estaba en silencio.

Asustó a los animales con sus gritos, pensó Ethan. Bien. Eso la hará más fácil de encontrar.

Volviendo a curvar las manos alrededor de su boca, gritó: “¡Niña, háblame!”.

“¡Tulungan n’yo po ako!”, gritó ella.

Su voz seguía viniendo justo desde el frente. Miró a través de la tenue luz, buscando un atisbo de ropa o piel. Algo que lo ayudara a determinar dónde estaba. No pudo ver nada. Avanzó unos pasos, luego otros más. El llanto era inconfundible, siempre delante de él.

¿Se habrá caído en algún pozo o algo así?, se preguntó. ¿Está demasiado cansada para salir? Demonios, ¿se habrá lastimado?

El último pensamiento lo incomodaba. Podía imaginar a una niña con una pierna o un tobillo roto, sentada allí, aterrorizada.

La idea lo impulsó hacia adelante. Sus botas de trabajo aplastaban hojas y ramas bajo sus pies. El suelo del bosque se hundía, y los altos helechos le llegaban hasta la cintura. Si la niña estaba herida, en el suelo, casi necesitaría tropezar con ella para encontrarla.

“¡Oye! ¡Oye, niña!”, gritó Ethan, haciendo una pausa. “¿Dónde estás!”.

“¡Tulong!”, gritó ella. El grito provenía de un poco a su derecha.

Ethan miró y vio cómo los helechos seguían el suelo de un pequeño valle. Las plantas se sumergían y se estiraban, revelando el flujo oculto del suelo del bosque. Ethan sabía que necesitaría moverse con cuidado. Incluso con botas, un paso en falso y su tobillo se torcería o se rompería.

“¡Está bien!”, gritó. “¡Puedo oírte! ¡Si puedes entenderme, quédate donde estás!”.

Ethan caminó con cautela, tanteando el suelo con cada paso para no pisar accidentalmente a la niña o caer en un agujero. Su bota se deslizó sobre algo resbaladizo, y maldijo cuando perdió el equilibrio y cayó de bruces. Un gruñido escapó de sus labios cuando su cabeza rebotó contra algo duro, y unas estrellas se formaron alrededor de sus ojos. Se le salió el aliento de los pulmones y se quedó tirado, intentando respirar. Durante varios segundos, Ethan se quedó boca arriba, incapaz de moverse.

Mientras yacía allí, su visión fluctuó hasta que se dio cuenta de que estaba mirando las ramas de los árboles. La alarma de su teléfono estaba sonando, y se sentó, haciendo una mueca. Sacó el teléfono y vio que eran las doce.

¡Oh, no!, pensó mientras se ponía de pie. ¡Me desmayé! ¿Dónde está la niña?

Apenas terminó de pensarlo, la escuchó gritar: “¡Tulong!”.

Había una nueva nota de terror en su voz, y estaba más lejos de lo que había estado antes.

La niña estaba vagando por el bosque.

“¡Oye!”, gritó Ethan, haciendo una mueca al hacerlo. “¡Oye! ¡Sigo aquí!”.

Necesito pedir ayuda, pensó, aturdido. No puedo hacer esto solo.

Miró su teléfono y sus hombros cayeron. Había olvidado que no tenía señal.

Maldita sea, suspiró, poniéndose de pie. Al diablo con todo esto.

Murmurando insultos, Ethan volvió a meterse el teléfono en el bolsillo y se puso de pie. Vaciló un poco y extendió los brazos a ambos lados, intentando recuperar el sentido del equilibrio. Le tomó un momento, mientras la niña seguía llorando.

“¡Ya voy!”, gritó, y fue dando traspiés a través de los helechos hacia el sonido. A los pocos minutos, el pequeño valle volvió a hundirse; luego, llegó a un repentino final donde había una gran roca. Tenía al menos tres

metros de altura: demasiado alta para poder escalarla. Con la cabeza palpitándole, Ethan miró a su alrededor buscando un camino fácil para subir, pero no encontró nada. Los costados del valle eran empinados, y cuando miró a su alrededor, se dio cuenta de cuánta distancia había recorrido por ese camino.

“¡Tulong!”, gritó la chica; su voz era cada vez más débil. Todo su terror se podía notar en una sola palabra.

Ethan se apresuró hacia el costado del valle, hundió las manos en los viejos restos de hojas y levantó un pie, luego el otro. Sus ojos buscaron asideros mientras la niña continuaba llorando. Cuando llegó a la parte superior, estaba sin aliento. Rodó sobre un costado y miró hacia la zona silvestre.

Aguzó el oído y se dio cuenta de que los sollozos de la niña eran casi demasiado suaves para ser escuchados.

¡No!, pensó, enojado. Poniéndose de pie, se tambaleó hacia adelante.

“¡Oye!”, gritó. La garganta le ardió por el esfuerzo. “¡Niña! ¡Hola!”.

“Tulungan n’yo po ako”. Su voz siguió disminuyendo.

“¡Quédate donde estás!”, gritó Ethan. *¡No puede entenderme!*

Echó a correr, su cuerpo entero era una masa pulsante de dolor. Le dolían las rodillas y la espalda, pero siguió corriendo. La niña se iba a quedar perdida sin él. La imaginó arrastrándose por el suelo, muriendo lentamente, sucumbiendo a la noche de octubre. Se estremeció ante la idea de que un animal la encontrara.

El sonido del agua llegó a sus oídos y surgió un nuevo miedo. *¡Se va a ahogar!*

Ethan sintió que el suelo se elevaba bajo sus pies. En cuestión de segundos, estaba de pie al borde de una pequeña saliente. Debajo de él había un pequeño estanque de agua, alimentado por un arroyo que caía desde unos metros más arriba.

“Tulungan n’yo po ako”, susurró, y el sonido pareció venir de detrás de él.

Poniendo los ojos en blanco ante la locura de la situación, Ethan se dio vuelta y se detuvo. Una niña, de no más de tres o cuatro años, se encontraba a menos de un metro de distancia. Su piel era suave, marrón nuez, el largo cabello negro enredado le llegaba hasta la cintura. Era delgada, y solo llevaba puesto un vestido azul claro de verano con pájaros rojos brillantes impresos, que llegaba a las rodillas, y sus pies estaban

desnudos. Sus dedos pequeños se movían sobre las hojas muertas, mientras que sus grandes ojos marrones lo observaban con un interés que le resultaba incómodo para una niña tan pequeña.

“Hola”, dijo Ethan, aclarándose la garganta. “Ahí estás. Estás bien. ¡Oh, que bueno, estás bien!”.

El alivio lo inundó y la niña le sonrió. Mientras lo hacía, sus labios se ensancharon y revelaron sus brillantes dientes blancos.

Dientes que crecían mientras él los miraba. Se alargaron, empujando la mandíbula hacia abajo mientras los dientes se afilaban en puntas con forma de aguja. La sonrisa de la niña se extendía casi de oreja a oreja y los dedos de las manos y pies se transformaban en garras negras.

“Gutom ako. Gusto kong kumain”. Los susurros se transformaron en un gruñido, y la criatura saltó sobre él.

Ethan se alejó corriendo, rodeando el borde de la pequeña bajada. No se molestó en mirar detrás de él para ver si lo estaba persiguiendo. La risa era suave y abrasiva en sus oídos.

Un pie se le enganchó en una rama y cayó hacia adelante; logró ponerse de pie de un salto, a tiempo para ver a la criatura saltar sobre un árbol, con sus garras rasgando la corteza del roble mientras le sonreía. Ella se dejó caer al suelo y lo persiguió, corriendo en cuatro patas como un perro. A Ethan le dolía el pecho al intentar recuperar el aliento, pero estaba fuera de forma y ya había estado corriendo y trepando tratando de encontrarla. La sangre le tronaba en los oídos mientras avanzaba por la penumbra del bosque.

Se detuvo de golpe, dándose vuelta una y otra vez, tratando no solo de ver dónde podría estar la criatura sino también de detectar cualquier tipo de punto de referencia. Ethan sintió que el pánico incrementaba en su interior. No se había fijado puntos de referencia. No se había parado a pensar en encontrar el camino de regreso. Había estado preocupado por la niña. Por una niña que estaba perdida en el bosque. Con frío, cansada y perdida.

Pero no era una niña pequeña. No es una niña pequeña, pensó. La sangre le latía con fuerza en la sien. Debo seguir en movimiento.

Ethan comenzó a avanzar, trotando a un ritmo lento, girándose cada pocos pasos. Todos los árboles parecían familiares. No podía escuchar ningún vehículo ni ninguna voz. No había forma de saber dónde podría estar.

Musgo, pensó de repente. *Se supone que el musgo crece en los lados de los árboles que dan hacia el norte. Si puedo encontrar musgo, entonces podré ir hacia el norte.*

¿Eso qué demonios importa?, se preguntó mientras terminaba de pensar eso. *¿Qué hay al norte de aquí? ¿Maine? ¡No sé nada de nada!*

Negó con la cabeza. *No entres en pánico. Piensa.*

Deteniéndose nuevamente, miró hacia el bosque, odiando el hecho de que parecía estar más oscuro. Respiró hondo, cerró los ojos y luego los abrió. El bosque no iba a ninguna parte, y la criatura no se encontraba por ningún lado. Ethan caminó lentamente, manteniendo sus pensamientos bajo control, negándose a ceder ante el miedo.

El miedo me matará, pensó. *Más rápido que cualquier otra cosa.*

Intentó averiguar dónde estaba y recordar cómo había llegado allí. Pero no podía ver el valle por el que había venido. No había señales del lugar por donde había subido.

De repente, la criatura estaba frente a él, saliendo de un montón de helechos. Ethan se apartó a tiempo y embistió con fuerza hacia la derecha. Tropezó, pero logró mantener el equilibrio. Ella se reía detrás de él, y de nuevo, el sonido fue suave, casi como si estuviera a una gran distancia. Una mirada por encima del hombro le reveló que estaba a solo unos metros a su izquierda.

Sigue, deja de mirar atrás, pensó. Sin embargo, no podía evitarlo. La criatura era aterradora. Sus dientes estaban diseñados para comer y desgarrar carne, estaba seguro de eso. Su mente trató de entender qué era ella, qué podría ser, pero no pudo ponerle un nombre.

Una niña demonio, pensó, con la mente acelerada. *Eso es. Eso es todo lo que es.*

Escuchó el crujido de las ramas y levantó la vista por una fracción de segundo. La criatura estaba en los árboles, saltando de rama en rama. Al ver su mirada, ella se rio y le escupió. Una bola de flema ensangrentada lo golpeó en la cara, y él lanzó un grito ahogado mientras se lo limpiaba.

La criatura se dejó caer frente a él y arremetió, obligándolo a girar a la derecha nuevamente. Su risa era aguda y alegre, el tipo de sonido que haría un niño. Temblando, Ethan se obligó a correr. Una sensación de familiaridad lo envolvió.

Estos árboles son familiares, pensó. *¡Conozco este lugar!*

Detrás de él, escuchó a la criatura aumentar su velocidad. Suaves y furiosos murmullos llegaron a sus oídos como si ella no quisiera que él fuera más lejos.

¡Ya casi estoy de vuelta en la casa! Darse cuenta de esto lo puso eufórico, y le dio suficiente energía para producir otra explosión de velocidad. Mientras el suelo del bosque se inclinaba lentamente, sonrió a pesar de sentir un repentino calambre en el costado, y luego el horror descendió sobre él cuando vio la cascada y el estanque.

Ethan gritó e intentó cambiar de dirección. Sintió que su pie derecho se torcía. La bota evitó que el tobillo se rompiera por completo, pero cuando trató de recuperar el equilibrio, el suelo cedió. Cayó varios metros y aterrizó sobre su lado izquierdo.

El dolor explotó en su cadera, y dejó escapar un aullido que casi le rompió la garganta. A pesar del dolor, levantó la vista e intentó ver a la criatura.

Ella caminaba hacia la saliente; su sonrisa se hizo increíblemente amplia. Una larga lengua de color rojo oscuro se deslizó sobre sus dientes, y ella susurró: “Gutom ako. Pakainin mo ako”.

Ethan intentó ponerse de pie y se derrumbó; el dolor que sentía en su cadera era demasiado fuerte. *Oh no, no, creo que está rota.*

La criatura retrocedió y Ethan sintió un alivio irracional.

Se ha ido, no va a volver. ¡No sé qué demonios es, pero ahora se irá! Pensó extasiado. Entonces vio un atisbo de su cabello negro. Estaba saltando por el lado izquierdo del estanque, bajando lentamente la pendiente. Los ojos de Ethan se dirigieron hacia el punto donde esta se encontraría con el borde del estanque, y supo que ella no se iba a ir a ningún lado.

La criatura desapareció detrás de un roble ancho y antiguo.

Ethan esperó a que saliera al otro lado, con el corazón acelerado. Se empujaba sobre los codos a medida que pasaban los minutos. Finalmente, con el aliento entrando y saliendo por su nariz, trató de imaginar en qué parte de la propiedad se encontraba. *Quizás pueda escapar.*

“¡Bulaga!”, gritó la criatura mientras saltaba desde detrás del árbol.

Ethan gritó, y ella cayó de rodillas, agarrándose los costados y riendo histéricamente. La ira se combinó con el miedo y los ojos de Ethan se movieron rápidamente, buscando algo para arrojar. Vio varias rocas del

tamaño de un puño. Recogiéndolas, se las arrojó. Las dos primeras fallaron, pero la tercera la golpeó directamente en el pecho.

“¿Bakit mo ginawa ‘yun?!”, lo regañó ella, poniéndose de pie. “¡Masama ‘yun!”.

La adrenalina se disparó dentro de Ethan, y este rodó sobre su estómago, buscando alguna forma de escapar de la criatura. Vio lo que parecía una cueva; no era más grande que un espacio para arrastrarse, por lo que se deslizó hacia adelante. Debajo de la adrenalina que corría por su sistema, podía sentir el dolor de su cadera rota exigiendo atención.

Lo ignoró mientras se acercaba hacia la cueva, arrastrando una mano delante de la otra. Cada respiración le provocaba dolor en los pulmones. Los dedos le sangraban por usarlos en el suelo y contra las rocas que cubrían los costados del estanque. El sonido del agua era enloquecedor, obligándolo a darse cuenta de lo sediento que estaba.

Entra en la cueva, se dijo. La cueva es segura. Sabes que lo es. Tiene que serlo. Todo va a estar bien cuando esté allí.

Estaba a menos de medio metro de distancia cuando ella siseó hacia él.

Involuntariamente, Ethan se dio vuelta, esperando verla parada allí, esperándolo. Si estaba esperando, pero no de pie. En cambio, la criatura se aferraba como una araña a la tierra y las rocas. Lo fulminaba con la mirada, su actitud juguetona había desaparecido. Con movimientos pequeños y delicados, avanzó, mostrando los dientes y las fosas nasales dilatadas.

“Pakainin mo ako”, susurró, y el sonido de su voz hizo que Ethan sintiera escalofríos. Luchó por apartar los ojos de ella, pero fue en vano. Su mirada lo atravesó y lo inmovilizó en el suelo. Sin importar cuánto lo intentara, no podía moverse.

Ella le cantó suavemente. Trozos de tierra y pequeños guijarros caían de las garras de sus manos y pies mientras se arrastraba. Con cuidado, lo alcanzó, girando para quedar con la cabeza hacia abajo, lamiéndose los labios con su roja y oscura lengua.

La criatura se arrastró por el costado de la roca, extendiendo una mano y luego la otra al llegar al suelo. Sus pies hicieron lo mismo, y pronto estaba agachada en cuatro patas cerca de él. Incluyó la cabeza hacia un lado, con una expresión de desagrado en el rostro. La criatura extendió la mano y arrastró una garra por el costado de la mejilla de Ethan.

Él gimió de dolor al sentir brotar la sangre. Cuando ella retiró la mano, vio una sola gota de su sangre carmesí en la punta de una de las garras. La criatura la miraba hipnotizada. Luego, se llevó la garra a la boca, cerró los ojos y la lamió para limpiarla. La criatura se estremeció y abrió los ojos.

Ella le sonrió y soltó una risita. Era un sonido suave e infantil, que no concordaba con su apariencia. Asintió para sí misma, y sus garras rasparon ruidosamente mientras se frotaba las manos, entrecerrando los ojos. “Oras na para kumain”.

Extendió la mano izquierda y agarró la bota derecha de Ethan.

“Por favor”, rogó él. “Por favor, déjame ir”.

Ella lo ignoró y tiró de su pierna. Su fuerza era desproporcionada con respecto a su tamaño, y lo movió fácilmente, dándolo vuelta, por lo que ya no miraba hacia la cueva.

“¡Por favor!”, chilló. “¡Estaba tratando de ayudarte!”.

Cuando ella no respondió, Ethan se sentó y la golpeó. Su puño derecho conectó sólidamente con el costado de la cabeza, derribándola de rodillas. Los nudillos le sangraban en el lugar en que habían golpeado sus afilados dientes. Le tomó solo un momento notar que le había soltado la pierna, y él se echó hacia atrás con las manos, olvidando el dolor de su cadera rota.

La criatura lo miró. Todo el humor había desaparecido de su monstruoso semblante.

Sin decir una palabra, ella se lanzó hacia adelante, agarró su pierna izquierda y tiró de ella.

Ethan aulló de terror y dolor. Cuando finalmente pudo mirar y sentir más allá de la agonía de su cadera, vio que lo arrastraba hacia la cueva. Ya no era un lugar de santuario o salvación.

Sería su tumba y el lugar donde ella lo devoraría.

Lo sabía.

Trató de frenar su avance aferrándose a las rocas, pero ella era más fuerte que él y lo separó fácilmente, de un tirón. Ethan tomó unas piedras sueltas y se las arrojó. Por cada una que la golpeaba, ella le retorció la pierna. Después de la tercera, él vomitó.

Mientras gritaba y escupía, la criatura lo arrastraba hacia la cueva. Él se sujetó a cada lado de la abertura, aferrándose desesperadamente mientras ella tiraba de él y lo retorció. El miedo y la adrenalina le impidieron desmayarse. Continuó gritando frenéticamente por ayuda.

Entonces, de repente, ella dejó de tirar.

El mundo se llenó con el sonido de la cascada. Durante un rato, Ethan permaneció allí, sollozando en la tierra y tratando de ordenar sus pensamientos. Intentó entender lo que había sucedido y lo que sucedería después.

La criatura respondió la pregunta por él cuando la sintió sobre sus piernas. El terror lo inmovilizó mientras cada garra atravesaba su ropa, dejando un rastro de sangre.

Ethan vio su cabello negro primero, cuando ella salió de la cueva y se sentó con las piernas cruzadas sobre su pecho. Se ajustó el vestido azul y lo miró con sus ojos marrones. Luego se inclinó hacia adelante, puso las manos sobre sus hombros y susurró: “Kakain na ako”.

La criatura abrió la boca, se inclinó hacia adelante, se retorció ligeramente y apretó los dientes con forma de aguja a cada lado de su cabeza. Mientras sus garras se clavaban en él, fijando sus brazos en la tierra, Ethan gritó.

Sus aullidos terminaron un momento después, cuando ella le arrancó la mandíbula inferior y se la comió frente a él, con los dientes cayendo de su boca.

* * *

El regalo

Por Rowan Rook

Dani se frotó las manos hasta que la piel de los nudillos se le agrietó. Gotas rojas teñían el agua de rosa mientras esta se iba por el desagüe del lavabo.

“Maldición”.

Apretó los dientes, tomó una toalla de papel y se secó la sangre. Después de volver a enjabonarse y enjuagarse, se atrevió a cerrar el grifo. Se secó, rechinando los dientes. Las gotas que quedaban caían en el lavabo con sonidos rítmicos mientras ella miraba su reflejo.

“Solo una hora más”, le recordó a la mujer sonrojada del espejo. Su turno casi había terminado. Entonces podría irse a casa. Relajarse. No pensar en nada, no pensar en el poco dinero que le brindaba su mísero trabajo, no pensar en volver a ponerse la bata de enfermera mañana a las 9 a. m., no pensar en cuántos mañanas sacrificaría en este hospital infernal.

Nunca debió convertirse en enfermera. Necesitaba ingresos después del divorcio, y el programa de enfermería en el colegio comunitario local había sido la opción más práctica. Estaba mejor con gente con la cual podía sonreír de manera falsa. Simplemente, tenía sentido. Al menos, habría tenido sentido si no se hubiera mentido a sí misma; si no se hubiera convencido de que podría acostumbrarse a la presencia constante de suciedad y enfermedades y, a veces, incluso de la muerte. Sus días consistían en cambiar sábanas, que la gente le tosiera encima, tocar extraños, extraer sangre, manipular muestras... Su piel se erizó incluso mientras la culpa se enrosacaba en sus entrañas. A ella le gustaba ayudar a la gente. ¡De verdad le gustaba! No era eso; era...

Sus ojos se movieron hacia sus manos desnudas.

No importaba cuántas veces las lavara, nunca se sentían limpias.

Ese sentimiento de contaminación la seguía hasta en sueños. Necesitaba encontrar un nuevo trabajo—no estaba hecha para este—, pero llevar a cabo sus tareas a pesar de que la ansiedad la consumía día a día le había quitado toda la fuerza que tenía. ¿Cómo volvería a estudiar? ¿Cómo podría permitirse el lujo de mantener a sus hijos si los otros trabajos para los que calificaba pagaban el salario mínimo?

Pero, ¿cómo sobrevivirían sus hijos si la paciente equivocada le tosía en la cara y su piel se llenaba de llagas y desarrollaba una fiebre de 38 grados y vomitaba sus entrañas y...?

Negó con la cabeza ante su reflejo y los ojos se le llenaron de lágrimas.
No.

Todavía estaba de servicio. Podría derrumbarse más tarde, en la privacidad de su baño, después de que Ryan y Ronny estuvieran en la cama.

Podía pasar una hora más.

Podía superar la sucia excusa a la que llamaba vida, un día a la vez.

Dani se dirigió hacia la puerta del baño, pero una compulsión persistente atrajo sus ojos hacia el lavabo. Unas gotas brillaban sobre el lavamanos, como si le estuvieran suplicando que se quedara, que volviera a lavarse las manos, solo una vez más, solo para estar segura.

Quizás esta vez finalmente se sentiría limpia, canturreaban las gotas.

Quizás esta vez finalmente se sentiría segura.

Sus manos alcanzaron el grifo.

Un golpe sacudió la puerta.

Dani se enderezó con un jadeo.

“Daniella, te necesitamos en la habitación 6. Paciente crítico. ¡Date prisa!”.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Qué mala suerte, tan cerca del final de su turno. La última vez que tuvo un paciente crítico, vomitó todo...

“Sobrevivirás”, se prometió a sí misma. “Ponte una sonrisa”. Aunque deseaba ser otra cosa, era una enfermera. Le debía a sus pacientes hacer lo mejor. Sus vidas importaban más que su neurosis.

La ansiedad gritaba dentro de ella mientras se apartaba del lavabo sin volver a lavarse. Se puso unos guantes médicos nuevos y abrió la puerta. Siempre usaba guantes, incluso cuando no era obligatorio. Establecían una capa entre ella y la suciedad y escondían sus nudillos desnudos. Anal-retentiva, la llamaban sus compañeros de trabajo.

No se sentiría limpia hasta que encontrara una nueva carrera.

El olor fue lo primero que impactó a Dani. Debajo del falso confort de los aromas químicos estériles había un almizcle húmedo y agrio. No era el fuerte sabor a sangre ni el hedor habitual y nauseabundo de la enfermedad.

Le traía imágenes de la antigua propiedad de sus padres en Florida durante las noches de verano. Húmeda. Embarrada. La suciedad se le metía debajo de las uñas sin importar cuánto se frotara...

Concéntrate, se ordenó a sí misma.

Su mirada renuente estudió al paciente. Un hombre mayor que tal vez no era tan viejo como parecía, con la cara tensa y arrugada por la desgastada expresión del ceño como también por la edad. Una tupida barba se desplegaba sobre las sábanas como hebras de musgo. Sus párpados cerrados estaban demasiado hundidos en su cráneo. La luz fluorescente de la clínica se reflejaba en su frente pálida y húmeda. Estaba recostado contra la almohada, su pecho se movía con mucha agitación, muy lentamente. Cada aliento salía con un traqueteo, hilos de mugre vibraban en su garganta como las cuerdas de un instrumento macabro. Dani apretó los dientes y luchó contra el impulso de retroceder y salir por la puerta.

El paciente no iba a sobrevivir. No estaba segura de cómo podía saberlo, pero siempre podía. Ya había presenciado dos muertes en el pasado, y había predicho ambas.

Su interior gritaba mientras se unía a Jacob y las otras enfermeras se reunían alrededor de su cama.

“Todavía no estamos seguros de a qué nos enfrentamos”. Incluso la voz de Jacob estaba tensa. “Cuando estaba consciente, el paciente se quejaba de palpitaciones cardíacas, sensaciones de ardor, dificultad para respirar. Ejecuta un análisis de laboratorio estándar”.

Dani se tragó su desesperación y preparó una jeringa para la extracción de sangre.

El paciente tenía los brazos apretados sobre el pecho; las manos estaban juntas, como si rezara. Una cadena negra colgaba entre sus dedos.

“Señor, por favor, extienda su brazo”, le pidió, en caso de que él todavía estuviera consciente para escucharla. El tono tranquilo que emergió de su propia garganta la sorprendió. Era irónico que la enfermera más nerviosa del hospital fuera a menudo elogiada por mantener la calma en una crisis. Tal vez tenía sentido: mientras ocultaba una ansiedad constante en su interior, su exterior había aprendido a compensar.

Los labios del hombre se movieron, como si intentara decir algo. Su pronunciación tembló, eran notas del mismo instrumento deteriorado que tocaba su respiración. No tuvieron ningún significado para la mente de Dani.

La repulsión le hizo estremecer la columna mientras se inclinaba para acercarse. “¿Señor?”.

De cerca, los ruidos casi formaban una melodía. Había un ritmo, una desesperación en ellos, pero no formaban palabras en ningún idioma que ella supiera.

“Podría estar delirando”. Jacob levantó la vista de sus anotaciones sobre los signos vitales del hombre. “Consintió en recibir tratamiento cuando entró”.

Dani hizo una mueca, odiaba tener que tocar a los pacientes más de lo necesario. Sus dedos, rígidos y sudorosos dentro de los guantes, agarraron el brazo del hombre y tiraron.

El paciente se resistió, sus manos estaban unidas como si sus palmas se hubieran fundido en una.

Un destello de irritación tensó sus músculos, y tiró más fuerte de lo que pretendía.

Las manos del hombre se separaron. Un colgante cayó encima de las sábanas.

La mirada de Dani se quedó posada sobre él. Una parte de ella esperaba que fuera una cruz, un relicario, alguna baratija sentimental. En cambio, el colgante era grueso, de metal negro con la forma del símbolo del infinito. Un escalofrío que no entendió del todo le punzó el cuello.

Los ojos del hombre se abrieron de golpe y su mano libre agarró el colgante. “Estoy...”, jadeó. Sus amplios iris miraban hacia el techo, casi grises bajo las luces fluorescentes. “Yo...”.

“Va a estar bien”, Dani siguió el guion de siempre. Le limpió el pliegue del codo con un hisopo de algodón y ató una banda de goma alrededor del brazo para ayudar a exponer la vena. “Solo necesitamos llevar a cabo algunas pruebas”.

“No mientas”, gruñó. “Sé que mi cuerpo está fallando. No tengo miedo”. Su mano se apretó más fuerte alrededor del colgante, la cadena tintineó contra las sábanas. “Tú tampoco tienes que tener miedo”.

Su propia garganta se secó, pero logró soltar una respuesta. “Así es; no hay nada que temer”. Si tan solo lo creyera. Aun así, podría mentir por el bien de su paciente. Incluso aunque odiaba su trabajo, era un trabajo importante. Ella podría ser una de las últimas personas a las que el paciente viera. No era una responsabilidad de la que pudiera escapar. “Estamos aquí con usted. Está a salvo”.

“Gracias”, dijo el hombre, respirando débilmente.

La jeringa se hundió en su carne tan suavemente como un cuchillo en mantequilla. Dani contuvo su estremecimiento habitual.

“Es solo una transición”. La cadencia de su extraña oración volvió a las palabras del hombre. “Pronto tendré una forma más libre. Y tú también, si te lo ganas. Nunca moriré. Tampoco tú”.

La carne de gallina luchó para tomar el control de sus piernas y dominarla. No podía retroceder, no cuando estaba extrayendo sangre. No era inusual que los enfermos y los moribundos dijeran cosas extrañas, atrapados en ese lugar entre el delirio y la desesperación religiosa, pero algo en la seguridad de sus palabras la hizo mirarle los labios mientras las formulaba. El paciente se tomó su tiempo en cada una, moldeándolas claramente a pesar de su frágil voz, como si realmente no tuviera miedo.

“Es un regalo que llevo conmigo. Sobreviviremos incluso mientras el mundo se dirige hacia la destrucción”.

Sus pupilas se dilataron mientras miraba boquiabierto a la nada, sus labios agrietados se arrugaron en una sonrisa.

Ella solo lo miró.

“¡Dani!”.

Se estremeció ante el regaño de Jacob, casi arrancando la jeringa del brazo del paciente. Es cierto, no podía dejarse distraer. Había sacado sangre tantas veces que los movimientos le eran naturales, y la jeringa ya estaba llena cuando su mirada regresó a su trabajo.

Se quedó petrificada.

¿Era solo un truco de la luz o...?

Su centro de atención cambió a la jeringa que tenía en la mano. Negro. El fluido interior era negro. No oscuro, no coagulado, no seco. Negro, como la tinta.

El aire se detuvo en sus pulmones.

El negro dentro del cristal parecía extenderse, una mancha crecía hacia arriba, moviéndose.

Mis ojos me están jugando una mala pasada.

La mancha—sólida, casi suave, casi como moho—se extendía a través del tubo.

Estoy cansada. Demasiado cansada. Estoy viendo cosas.

El moho se arrastraba rápidamente hacia su mano.

Dani gritó.

La jeringa cayó al suelo con un golpe fuerte y se rajó. El fluido negro le había salpicado el uniforme. Un charco tan negro como un foso se extendía por los azulejos.

“¡Dani!”.

El hombre emitió un sonido, un jadeo sibilante. Pasaron unos segundos antes de que Dani se diera cuenta de que era una risa. Los ojos grises del paciente se encontraron con los de ella, amplios y brillantes; su sonrisa exponía dientes podridos. Fluido negro goteaba de su nariz.

“¡Dani! Ve a buscar a Niles. ¡Ve a desinfectarte!”.

Dani no necesitaba que se lo dijeran dos veces.

Debo limpiar, debo limpiar, debo limpiar.

Sus botas dejaban huellas negras detrás de ella mientras corría.

El pasillo estaba extrañamente silencioso cuando Dani salió del baño. Había estado dentro por casi media hora, poniéndose un nuevo uniforme médico y también cada vez más y más pares de guantes mientras se frotaba las manos con desesperación. Solo se detuvo cuando el dispensador de jabón se quedó vacío. Todavía tenía la piel erizada, le picaba como si unos insectos se le hubieran enterrado debajo. *Impura.*

Pasó junto a otra enfermera en su camino de regreso a la habitación 6. Era raro que la UCI no fuera más que una mancha borrosa de ruido y cuerpos. Quizás algunos de sus compañeros de enfermería habían hecho lo que ella tanto deseaba y se habían ido unos minutos antes.

...Quizás tenían un buen motivo para hacerlo.

No. Tragó. Niles, equipado para derrames de riesgo biológico, ya habría limpiado la habitación. Su turno casi había terminado. Verificaría si Jacob necesitaba algo, y si no—*Por favor no me necesites*—se iría. Se quedaría despierta hasta tarde buscando trabajos y escuelas. Se quedaría despierta hasta tarde durante años, si eso era lo que requería hacer una nueva carrera. Haría lo que tuviera que hacer para limitar la cantidad de mañanas que pasaría caminando por el mismo pasillo.

No podría lidiar con otro derrame, nunca más. Su corazón aún latía con fuerza. Un aroma pantanoso se le impregnó en el interior de su nariz. No podría dormir esa noche, aunque quisiera, saliendo de las mantas una y otra vez para lavarse las manos, solo una vez más.

Las luces fluorescentes parpadearon, proyectando sombras blancas sobre superficies lisas y clínicas.

Un escalofrío le hizo temblar la espalda. *Impura*.

Hizo una pausa y contuvo la respiración en el umbral de la habitación 6, en busca de una bocanada más de aire relativamente no contaminado. El hedor pantanoso le llegó a través de las paredes. Le dio una arcada, apenas pudo contener una tos propia. Abrió la puerta un poco. “¿Jacob?”.

Era Niles quien estaba parado adentro. Alguien había apagado la luz y había dejado que las sombras llenaran el resto de la habitación, pero por lo que ella podía ver, los otros enfermeros no estaban allí. Una chispa de sorpresa se le quedó atrapada en el pecho. ¿Ya había fallecido su paciente? ¿Su consciencia desapareció durante el tiempo que ella había pasado en el baño?

Abrió la puerta un poco más y entró.

“¡No lo hagas!”.

La advertencia la mantuvo en su lugar. “¿Niles?”.

Niles miró hacia donde se suponía que estaba la cama en la oscuridad, su voz temblaba incluso aunque estaba rígido y quieto. “Lo vi”.

La lengua de Dani se le pegó al paladar. “¿Qué viste?”.

“Lo vi disolverse”, gimió Niles. “*Cambiar*. Los demás salieron corriendo. Jacob no logró escaparse a tiempo”. Tosió, sus palabras sonaban empapadas y temblorosas. “Yo tampoco. Me resbalé y me corté la pierna. Se... Se me metió adentro. Yo...”.

El tobillo de Dani golpeó la puerta cuando dio un paso atrás y la abrió un poco más. La luz tocó los bordes de la habitación.

Dani casi se desplomó sobre el suelo.

Imposible.

Donde su paciente había estado acostado solo había moho. Negros y espesos montículos de moho. Latente. Mojado. La mancha se había extendido por las paredes, a través del piso, sobre el techo. Las luces no habían sido apagadas: el moho había crecido tanto que las había tapado. Luces fluorescentes tenues apenas atravesaban los zarcillos pintados sobre ellas en patrones con forma de venas.

“¡Vete!”, siseó Niles.

Dani casi se desmaya al ver que el moho se arrastraba, extendiéndose hacia ella a través de los azulejos. Sus piernas, antes tan ansiosas por correr, temblaron en su lugar. Tenía que estar soñando.

“Tienes que...” La voz de Niles se convirtió en un jadeo extraño antes de que pudiera terminar su orden. Se giró hacia ella. Manchas negras surcaban la parte delantera de su uniforme desde la nariz hasta los pies. Gotas frescas le caían de las fosas nasales. Sus ojos se encontraron con los de ella. Por un momento, el miedo permaneció en su mirada azul, suplicante, desesperada. Entonces, el color de sus iris se consumió. El moho empujó a través de sus labios fruncidos y calcó las arrugas en su rostro. Cuando exhaló, un fluido negro salió de su boca y salpicó el piso.

Dani no tenía aire para gritar mientras corría.

Un aullido gorgoteante sacudió la habitación detrás de ella.

Imposible, imposible, imposible.

Unos pasos resonaban tras ella.

Corrió por el pasillo más rápido que nunca, casi deslizándose por las esquinas. Los pocos enfermeros que quedaban dejaron escapar sus propios gritos al verla pasar—al ver pasar a quien la perseguía—; no podía obligarse a mirar hacia atrás y ver. Las puertas se cerraban de golpe en la distancia, la gente escapaba, volvía a casa.

¡Solo quiero irme a casa!

El mundo mismo latía al ritmo de su palpitante cabeza. Las parpadeantes luces fluorescentes parecían chisporrotear, nublando los bordes de su visión y desestabilizando sus pasos. Esto no podía ser real... ¡No podía ser real! No se suponía que esto sucediera... No fuera de las pesadillas de su ansiedad.

La voz distorsionada de Niles resonaba en las paredes. La adrenalina empujó las piernas de Dani hasta que estas amenazaron con desmoronarse, pero el moho se movía más rápido. Las venas se extendían debajo de sus pasos, sobre el techo, a través de las ventanas. El pasillo se oscureció cuando un hongo negro eclipsó las luces.

Se desvió a la izquierda. El elevador de servicio; podría llegar al elevador de servicio. Casi chocó contra las puertas cerradas cuando sus dedos temblorosos buscaron el botón de llamada. Sonó. Estaba allí. Respiró hondo. El elevador estaba allí. Las puertas se abrieron. Entró rápidamente y se dio vuelta para apretar el botón de cerrar.

Una figura corría hacia el elevador, bulbosa y chorreante. El moho salpicaba con cada uno de sus pasos en patrones palmeados, como grietas oscuras en el tejido de la realidad. Llevaba el uniforme de Niles.

Las puertas se cerraron y lo escondieron de la vista.

Los puños de la forma negra solo habían logrado dar una palmada húmeda contra ellas cuando el elevador ascendió, fuera de su alcance. Dani logró respirar. Su capullo de metal subía, llevándola hacia el piso principal. Estaría bien. Correría hacia el estacionamiento, se alejaría y nunca volvería. Se ducharía durante 24 horas seguidas.

El elevador se detuvo.

Un gemido metálico siseó a través de la ventilación y se apagaron las luces.

No.

Golpeó todos los botones con las palmas temblorosas.

El elevador no respondió.

No.

Los aullidos de Niles resonaban en el hueco del elevador, desde abajo.

No.

Estaba atrapada.

El hedor a podredumbre húmeda flotaba a través de la ventilación. Dani se puso de rodillas y sollozó.

Dani no sabía cuánto tiempo había permanecido dentro de su santuario de metal. La batería de su teléfono se había agotado hacía mucho tiempo, y cuando pasaron lo que parecían horas, el mundo exterior quedó en silencio.

Se apoyó contra la pared fría y miró hacia las puertas cerradas, como si todavía esperara que algo se metiera por ahí, como si fuera solo cuestión de tiempo. La criatura que antes había sido Niles se había quedado en silencio hacía mucho, y ningún otro sonido la alcanzó en el hueco. Todavía le palpitaba con fuerza el corazón, y cada latido apretaba su dolorida cabeza. La realidad ya no se sentía real. Desde el interior del elevador, no le parecía extraña la idea de que el mundo más allá hubiera desaparecido. Terminado. O tal vez, finalmente había perdido la cordura y soñado con el desastre. Los recuerdos frescos que palpitaban en su cráneo no se habían digerido correctamente, era difícil creer que pudieran ser reales. Quizás era ella la que no era real.

Un sonido parecido a una risa le llegó desde lo lejos y la hizo estremecerse.

Tenía que salir de allí mientras aún le quedara una parte de ella que podía ser salvada.

Con la respiración temblorosa, se apartó de la inútil puerta y miró hacia la ventilación del elevador. El moho encostraba los bordes. Una gota negra cayó por la rejilla y le tocó la nariz.

Ella se apartó y se la limpió con la manga. La ansiedad casi la hizo largar un grito por la sensación del contacto del líquido con su piel, pero apretó los dientes y lo contuvo. Tendría que guardar el ataque de pánico para más tarde si no quería morir dentro del lugar que más odiaba.

Sus ojos se posaron en la salida de emergencia integrada en el panel superior. Siempre había odiado los viejos elevadores, tan claustrofóbicos y pegajosos. Incluso, su mente ansiosa nunca habría concebido la posibilidad de subir por el hueco.

Sin permitirse pensar en lo que estaba haciendo, Dani se subió a la barandilla interna del elevador, se apoyó contra la pared para mantener el equilibrio y empujó el panel de salida. La pequeña compuerta cedió con un ruido pastoso. Un olor a podredumbre ácida inundó el interior, como si acabara de abrir la boca de un cadáver.

“Mierda...”.

Se permitió hacer de cuenta que todo era una pesadilla durante un momento más mientras se arrastraba por la parte superior de la cabina del elevador. Cuando levantó la vista, fue fácil creer que un mundo nuevo había surgido de sus peores temores. Sus sentidos amenazaron con sacarla de su cuerpo y enviar su espíritu a toda velocidad por el hueco de abajo.

Las paredes estaban cubiertas de moho. Se estiraban hacia el espacio negro sobre ella, aparentemente interminable. Rayos de luz pintaban franjas en el pozo desde los pisos superiores. Los peldaños de la escalera se retorcían con hongos pulsantes. Gotas negras caían como lluvia.

Esto no podía ser real—una sensación de fría electricidad la sacudía por dentro—esto no podía ser real.

Pero lo era.

Dani cerró de golpe su boca abierta. No dejaría que el líquido entrara, no dejaría que la infectara como a Niles. El techo del elevador se aplastaba debajo de ella mientras caminaba hacia la escalera. Fluido negro salió del primer peldaño cuando lo pisó con fuerza. Latía debajo de ella, como si resistiera su agarre. Por suerte, siempre usaba guantes, incluso si este

nuevo mundo convertía sus ansias pasadas en cosa de niños. Su estómago se revolvía mientras trepaba.

No tenía opción. No podía morir en ese infierno. Tenía que llegar a casa con sus hijos.

Un chillido que una vez pudo haber sido humano hizo eco a través del hueco. Otros aullidos le siguieron como si fuera un coro espectral. El ritmo resonaba a la risa de su último paciente.

Dani apretó la escalera más fuerte y soltó un gemido.

Siguió escalando.

Dani corrió tan rápido como pudo sin perder el equilibrio. Si caía encima del moho—sentía que le tocaba la lengua y contaminaba su interior—sería su fin.

A esta altura apenas notaba el olor, estaba insensibilizada. Apenas sentía su corazón palpitante. Se movía demasiado rápido, era como una vibración larga y sin fin, latiendo como el moho que recubría las paredes. El hospital ya no parecía un edificio. Era como si estuviera dentro del cuerpo de una gran bestia, con su carne y órganos retorciéndose y respirando a su alrededor. Después de todo, el moho se extendía como si fueran venas. La sangre negra salpicaba, goteaba y rezumaba. Las esporas bailaban bajo la tenue luz que atravesaba el pelaje. Un país de las maravillas oscuro. No era una pesadilla, pero si lograba escapar, se convertiría en una todas las noches.

Dani trató de no respirar. Una parte de ella ya se había roto; no dejaría que la infección entrara para destruirle el cuerpo. Había logrado llegar al piso principal desde el interior del hueco. Los pasillos estaban irreconocibles, todos los carteles estaban cubiertos de mugre, pero, si podía confiar en la memoria muscular que había formado durante sus turnos, estaba casi en la salida. No la persiguieron pasos ni aullidos, pero la nuca le cosquilleaba como si estuviera siendo observada.

Un movimiento le llamó la atención; solo se veía una mancha en la tenue luz.

Casi abrió la boca para gritar, pero se contuvo. La figura parecía casi tan sorprendida como ella. Se congeló. Su forma humana estaba distorsionada, abultada en los lugares equivocados. Su horror se convirtió en esperanza cuando se obligó a acercarse.

Era un hombre con un traje de aislamiento.

“¡Déjeme salir!”, gritó antes de poder contenerse.

Un sonido de estática salía de la radio del hombre mientras él susurraba por ella. La única palabra a la que su mente le dio sentido fue “sobreviviente”.

“¡Quiero ir a casa! ¡Solo lléveme a casa! ¡Rápido!”.

La mano enguantada del hombre la agarró del brazo mientras ella se acercaba.

Se detuvo. Su visera oscura le ocultaba los ojos, pero su agarre era demasiado firme para su amable intención.

“Lo siento, señora”, su voz crujió detrás de su casco. “No es tan simple. Este lugar está en cuarentena”.

Cuarentena... ¿Cuánto tiempo había estado escondida en el elevador?

“Tenemos que salir de aquí, ¡ahora!”, las palabras brotaron de sus labios. “¡No tenemos tiempo para esto! Los demás...”.

El piso delante de ella se hinchó, el moho se frunció como un forúnculo lleno de pus.

Ella saltó hacia atrás largando un grito antes de que estallara.

El fluido negro se esparció por el pasillo. Dos gritos atravesaron la estática mientras los trajes de aislamiento se pintaban con una sombra líquida. Cuando el primer hombre cayó, el moho ascendió para cubrirlo. Se envolvió alrededor de sus palmas y se movió tan rápido como una serpiente que se enroscaba. Unos zarcillos le rodearon el cuello para dirigirse a su cara y se le metieron por el casco. Una tos ahogada envió chillidos incomprensibles. Colapsó. El moho se extendió sobre su cuerpo, sumergiéndolo hasta que no quedó ninguna señal de él debajo del suelo, que se retorció.

El otro hombre corrió.

El moho se extendió desde la pared con una extremidad de su propia creación, golpeando al hombre con la gracia depredadora de los tentáculos de un pulpo. El hombre cayó. El piso se lo tragó entero. El chillido final de su radio resonó por el pasillo.

Dani solo lo miró. Sus temblorosas piernas se entumecieron, amenazando con ceder y enviarla al moho de debajo.

“No debes tener miedo”.

Esa voz. La piel de gallina la cubrió por completo. Había escuchado esa misma voz formar esas mismas palabras antes... su paciente.

Se dio vuelta.

El moho cubría el cuerpo de un hombre, dejando solo un indicio de forma humana. La sangre negra goteaba de la piel húmeda y borrosa con cada movimiento que hacía. Aun así, había una facilidad en la forma en que se movía, una confianza que sugería una conciencia más allá de aquella que Niles podía haber retenido. El familiar colgante con el símbolo del infinito colgaba de su cuello. Sus ojos grises casi parecían sonreír.

Hasta aquí había llegado. Iba a morir. Contaminada. Tragada. Borrada.

Tropezó hacia atrás, su corazón zumbaba, eléctrico. “Si me vas a matar, ¡solo hazlo!”.

Sería tan fácil dejar que el moho se la llevara como a quienes la iban a rescatar. Al menos, entonces, podría evitar la infección, evitar cambiar como Niles. Su miedo crónico llegaría a su clímax. Su paciente, este mundo... tenía que estar jugando con ella. De lo contrario, ella ya estaría muerta.

“Que termine”.

Después de todo, su turno había terminado hace mucho tiempo.

Se derrumbó sobre las rodillas. El fluido negro se roció a su alrededor. Unos escalofríos se extendieron por las salpicaduras que había en sus mejillas cuando se encontró con esos ojos grises.

Su paciente se detuvo sobre ella y se agachó. “Te lo dije, esto es solo una transición”.

Tocó la base de su cuello, cerca de la clavícula. Mojada. Viscosa. Fría.

Ella cerró los ojos, esperando que las uñas se envolvieran alrededor de su garganta o la atrajeran hacia el moho.

Lo siento, Ryan, Ronny.

En cambio, unas líneas agudas de dolor atravesaron su piel antes de que él la soltara.

Abrió los ojos y miró hacia abajo, esforzándose por verse el pecho. Al principio, no entendía lo que estaba viendo. Nuevos cortes dibujaban la forma de un símbolo de infinito en su piel. Gotas carmesíes rezumaban de la imagen.

“Gracias por tu amabilidad cuando comencé mi cambio”, dijo el hombre; sus labios hinchados se torcieron para contener lo que podría haber sido una risa. “No puedo ofrecérselo a todos, pero tú te has ganado mi regalo”.

La sangre que goteaba de los cortes se volvió negra.

Los ojos de Dani se hincharon.

Infectada, infectada, infectada.

La piel le hormigueó como agujas que intentaban atravesarla desde el interior. El corazón le golpeaba contra las costillas e intentaba escapar. Su estómago se revolvió, como para expulsar la repulsión que la recorría.

Esta vez, la contaminación era real.

Dani vagó por los pasillos del condenado hospital hasta que encontró lo que había sido la salida principal. Al igual que cualquier otra ventana y puerta, estaba cubierta con un acero que ni siquiera su cuerpo empapado y maleable podía penetrar. No había forma de saber cuántas horas o días había pasado sin echar un vistazo al mundo exterior, pero a medida que pasó el tiempo, aprendió sus propias formas de llevar un registro, contándolo al ritmo constante del fluido negro que goteaba desde el techo hasta el piso. De vez en cuando, todavía se dirigía hacia las puertas. No podía hablar, no podía escribir, no podía pedir ayuda. El único ruido que podía hacer era un grito húmedo y vibrante. Aún quedaba lo suficiente de su ser para odiar ese sonido. Se quedó en silencio.

Una vez había intentado escapar; había estado tan cerca.

Una vez había tenido hijos; ¿estaban aún vivos?

Una vez había sido humana; ¿cómo había sido?

“Ten paciencia”, dijo el hombre que había sido su paciente cuando se acercó a ella. *Padre*, se llamaba a sí mismo. Él era el único que podía hablar, y cuando lo hacía, ella y los demás como ella no tenían más remedio que obedecer. “Cuando los humanos se destruyan a sí mismos e incluso su acero se descomponga, nosotros seremos todo lo que quede”.

El hongo era resistente, le había explicado. Prosperaba en la oscuridad.

“Seremos los dueños del mundo”.

Ella puso su mano pantanosa contra el acero, imaginando la luz del sol detrás de él. Unos ecos de repulsión la recorrieron, sofocándola. Era una sobreviviente. Viviría por mucho más tiempo. Nunca volvería a estar pura.

* * *

Vehículos estacionados

Por Sara Clancy

Gwen dejó caer la cabeza hacia atrás para agregar un poco más de dramatismo a su sufrido gemido. El gesto no causó mucha respuesta. *Quizás Midori ya me conoce demasiado bien.* A esta altura, la pequeña mujer simplemente puso los ojos en blanco y soltó un suspiro.

“No puedes plantar lilas al lado de los pepinos, Gwen. Todos saben eso”.

“Yo no”.

“Tú no eres muy inteligente”, descartó Midori, encogiéndose de hombros.

Gwen entrecerró los ojos cuando entraron al elevador. Era una buena mirada asesina, pero Midori la ignoró y, en cambio, presionó el botón del estacionamiento.

“Entonces, ¿por qué no me enseñas?”.

“Sería una causa perdida”.

Gwen contuvo una sonrisa divertida y continuó. “Explicame por qué no podemos plantarlas como yo quiero”.

“Se canibalizan entre sí”, respondió Midori, soltando un bufido desafiante. Gwen miró a la otra mujer por un largo rato, esperando que Midori hiciera contacto visual, algo que esta, de repente, parecía desesperada por evitar.

“¿Se *canibalizan* entre sí?”, dijo Gwen lentamente, acentuando cada palabra, observando el color que aparecía de repente en las mejillas de Midori.

“Sí”.

“¿Ese es el argumento que sostienes?”.

Midori fijó su mirada en el otro extremo del elevador, la mano que sostenía el mango de su carrito de compras de tamaño industrial se retorció en su agarre.

“¿Por qué no? Así es la naturaleza. Lee un libro de botánica”.

La novedad de finalmente tener un jardín aún no había perdido encanto para Gwen, incluso si estaba sorprendida de la cantidad de tiempo y esfuerzo que hacían falta para mantenerlo decente. Solo elegir qué arbolitos querían plantar a lo largo del portón les había llevado la mayor parte del día. Para cuando llegaron al mostrador, el centro de mejoras para

el hogar estaba cerrando. *Lo positivo*, pensó Gwen para sí misma, *es que al menos tenemos el elevador para nosotras solas y para esta ridícula conversación*. La impulsividad de Midori a menudo la hacía soltar estupideces y hacer otro tanto. A Gwen solo le gustaba burlarse de ella cuando estaban solas.

Inclinándose más cerca de ella, Gwen se rio en un susurro. “*Canibalismo vegetal*”.

Midori resopló. “Está bien, sí, eso no sucederá. Pero...”.

“Oye, espera. Necesito unos segundos para lidiar con esta sorprendente información”.

“¿Quieres plantar lilas al lado de los pepinos?”. Midori miró boquiabierta a Gwen. “¿De verdad? ¿Me estás tomando el pelo?”.

“¿Qué tiene de malo?”.

Con un fuerte golpe, las puertas del elevador se abrieron, y salieron al oscuro estacionamiento. Sus pasos resonaban a su alrededor.

“Gwen, se verá increíblemente feo”.

“Son plantas”, protestó Gwen.

Gimió de nuevo, pero Midori levantó la mano.

“Midori...”.

“Shh”. Midori colocó un dedo contra sus labios, pero pronto detuvo el movimiento, dejando la mano flotando en el aire mientras examinaba el estacionamiento. “¿Escuchas eso?”.

“¿Escuchar qué?”.

“Shh”.

Gwen cerró la boca y esperó a que Midori superara su nuevo episodio de paranoia. De ninguna manera esperaba escuchar algo extraño. Pero ahí estaba. Largando jadeos cortos y rasposos. Era la respiración forzada de alguien que estaba luchando para que el aire entrara a sus pulmones.

“¿Qué es eso?”, preguntó Midori.

“Y más importante...”. Gwen hizo una pausa mientras se daba vuelta, examinando el estacionamiento vacío y el edificio igualmente abandonado. “¿De dónde viene?”.

Los jadeos parecían fluir por la leve brisa, ondulando a su alrededor y susurrando en sus oídos.

Midori se dio vuelta bruscamente para mirarla. “Espera, ¿también lo escuchas?”.

“Sí. Para variar, tienes razón”.

Midori frunció el entrecejo por una milésima de segundo. Cuando volvió a oírse el sonido, abandonó cualquier rastro de molestia y pasó a examinar el estacionamiento con atención. Las sombras se reunían alrededor de los anillos de luz proyectados por las hileras de farolas. Solo quedaban dos vehículos, estacionados en lados casi opuestos del bloque de concreto. El más cercano era una camioneta alta con un tráiler en la parte de atrás en lugar de baúl. El más alejado era su propio Escarabajo. Gwen gruñó cuando Midori empujó el carrito hacia ella, con el mango clavándosele en las entrañas.

“¿Que estás...?”.

No pudo terminar la pregunta: Midori se había lanzado a cruzar el estacionamiento.

“¡Midori, espera!”.

El carrito rebotaba mientras Gwen corría para alcanzarla, haciendo que las plantas temblaran dentro de sus macetas. Por un momento, pensó que estas se romperían.

“Midori”.

“¿Qué?”. Ligeramente sin aliento, Midori llegó a la parte trasera, cerrada, de la camioneta.

“Tú fuiste la que salió corriendo, ¿y me hablas así a mí?”.

“Venía de aquí”.

“¿Cómo podrías...?”.

“Shh”. La mano de Midori se alzó una vez más.

Permanecieron en silencio por un momento, escuchando la respiración agitada. Ahora se oía más fuerte, pero era igual de frágil. Las pausas entre cada respiración se alargaron. Se volvió tan agonizante que Gwen estaba segura de que cada jadeo sería el último. Pero el sonido siempre regresaba por una respiración más.

“¿Qué es eso?”, susurró Gwen.

“Parece que alguien está teniendo un ataque de asma”, dijo Midori. “Tenemos que encontrarlo”.

Se giraron para mirar por la ventana trasera del tráiler. Como la camioneta estaba estacionada al borde de la iluminación de una farola, solo un débil resplandor lograba introducirse en el interior para jugar con las sombras en la parte trasera del alto vehículo. Los ojos de Gwen tardaron un momento en adaptarse y poder observar el desorden que

llenaba la tapada superficie. Una mezcla de viejas latas de pintura, rodillos, escaleras y una lona plastificada cubierta de manchas.

“No veo a nadie”, dijo Gwen.

Midori se inclinó más cerca de la ventana, sus ojos se entrecerraron aún más.

“Vamos, Midori, revisaremos el costado del edificio”.

“¿Esa lona se está moviendo?”.

“¿Qué? No”.

Gwen apretó los dientes con frustración cuando Midori se negó a alejarse del cristal. Cuando no pudo soportarlo más, dejó el carrito a un lado con cuidado y fue al lado de Midori. Una vez más, quedaron en silencio. La respiración incorpórea ahora era más lenta y más suave: les llegaba en forma de jadeos ahogados. Gwen apenas podía escucharla por la aceleración de sus propios latidos. Se quedaron mirando la lona, esperando a que se moviera; pero permaneció quieta. El mundo a su alrededor cayó en un silencio inestable.

“Esto es una ridiculez”, dijo Gwen.

Midori la ignoró mientras buscaba en su bolso. La repentina luz de la linterna de su teléfono cegó a Gwen por un instante antes de que Midori hiciera que el rayo penetrara la ventana.

“¿Qué creemos que está pasando aquí?”, continuó Gwen. “¿De veras? ¿Alguien comenzó a tener una emergencia médica, fue en busca de ayuda, se cansó y decidió ingresar a una tienda de mejoras para el hogar en lugar de continuar hacia el hospital?”.

“O alguien lo puso allí”, dijo Midori. “Esto podría ser un secuestro. O un asesinato”.

¿Me estás tomando el pelo? A Gwen le tomó cada pizca del autocontrol que tenía no decir algo hiriente. En cambio, cruzó los brazos sobre su pecho y apoyó un hombro contra la parte trasera de la camioneta.

“¿Y este secuestrador y/o asesino decidió dejar el cuerpo en la parte trasera de su camioneta? Porque deshacerse de él no sería un asunto urgente”.

Midori no apartó los ojos de la ventana. “Tal vez necesitaba una pala”.

Hubo un movimiento, que Gwen vio por el rabillo del ojo, que la hizo apartarse de la camioneta de golpe. A la luz del teléfono de Midori, vieron cómo la lona se sacudía y se agitaba. La respiración volvió, entrecortada y aguda, ahora lo suficientemente fuerte como para ser inconfundible. Gwen

escuchó el sonido del plástico arrugado antes de notar el movimiento. Aunque la lona en sí permanecía inmóvil, las láminas de plástico que cubrían el piso del baúl se agrupaban y resbalaban, como si fueran aferradas por algo invisible. Ambas mujeres casi gritaron cuando la lona volvió a moverse. Midori apuntó la luz de su teléfono.

“Gwen”. Extendiendo la mano a ciegas, agarró la manga de la chaqueta de Gwen y la atrajo hacia sí. “¿Allí? ¿Lo ves? Eso es sangre”.

“No es sangre”.

“Sí, lo es.”

“Es pintura roja”.

La creciente frustración y los nervios hicieron que Midori rebotara sobre la punta de sus pies. “¿Cómo puedes estar tan segura?”.

“Porque nadie entra casualmente a una ferretería con un cuerpo en su vehículo”.

“O eso es lo que quiere que pienses”, respondió Midori.

Sin saber cómo responder a eso, Gwen guardó silencio por un segundo de más. Midori se lanzó hacia adelante y forcejeó con la manija de la puerta del remolque. La cerradura estaba bloqueada; la puerta solo se sacudió en su lugar, y el fuerte ruido hizo eco a través del espacio vacío que las rodeaba.

Gwen tiró de Midori por los hombros. “¿Qué estás haciendo?”.

“Ayudando”.

“La policía podría no verlo de esa manera”.

“La policía”.

La forma en que Midori jadeó la palabra le dio a Gwen la esperanza de haberla hecho pensar un poco.

“Sí. La policía. Quien ve el irrumpir en los coches como un... espera. ¿A quién estas llamando?”.

“A la policía”.

Midori gruñó cuando Gwen le quitó el teléfono de las manos. “¿Qué?”.

“¿Tienes alguna idea de los problemas en los que podrías meterte por presentar un informe policial falso?”. Gwen estiró el brazo hacia atrás para mantener el móvil fuera del alcance de Midori. “Por favor, solo por esta vez, ¿puedes tomarte unos segundos para pensar antes de actuar?”.

A pesar de su intento de hacer que las palabras fueran lo más suaves posible, Gwen se encontró siendo receptora de una oscura y furiosa mirada.

“Bueno. Lo pensé bien. ¿Ya puedo llamar a la policía?”.

“No”, dijo Gwen.

“Bien. Entonces tú vigilas”.

Entre el carrito y el teléfono, Gwen no tuvo oportunidad de atrapar a Midori antes de que esta se deslizara por el costado del vehículo, fuera de la vista. Las sombras de repente parecían más oscuras; el resplandor de las farolas, más severo, mientras Gwen miraba nerviosamente a su alrededor.

“Midori, vamos”, suplicó, sin recibir respuesta.

Mordiendo el interior de su mejilla, Gwen miró por encima del hombro, hacia la entrada del edificio. Como para burlarse de ella, la iluminación de adentro comenzó a extinguirse. Una por una, las luces se fueron apagando, hasta que solo la entrada principal quedó visible en la noche. La camioneta se sacudía mientras Midori luchaba con las puertas. Gwen dio un salto cuando Midori reapareció de repente solo para volver a arrojarla contra la ventana.

“¿Viste eso?”, susurró Midori.

“¿Qué cosa?”.

“Ella se movió. Juro que se movió”.

“Ah, ¿ahora es ‘ella’?”.

Toda la energía se le fue a Midori en un segundo, dejándola con aspecto pequeño y frágil. “Porque, estadísticamente, generalmente somos nosotras. Normalmente toman mujeres. Tranquilamente, nosotras podríamos estar en el lugar de esta chica”.

La sinceridad de los ojos llorosos de Midori penetró la última resistencia de Gwen. Lanzando un suspiro, esta empujó el carrito en dirección a su auto. Ese único empujón no fue suficiente para que llegara a su vehículo. Se detuvo apenas a mitad de camino, pero había quedado lo suficientemente oculto en las sombras, por lo que esperaba que no se notara demasiado.

“¿Por qué hiciste eso?”, preguntó Midori.

“Están cerrando, Midori. Tarde o temprano, este tipo volverá a salir. No queremos que sospeche inmediatamente que alguien está husmeando”.

“Ah. Inteligente”.

“Una de nosotras tiene que serlo”.

Midori dejó pasar el comentario. Parecía casi aturdida por tener a Gwen finalmente de su lado, e incluso retrocedió un paso para darle acceso libre a la ventana del auto. Con una última mirada a la entrada del edificio,

Gwen levantó el teléfono. Ninguna de las dos se había molestado en apagar la aplicación de la linterna. El delgado haz de luz cortó a través de la fuerte oscuridad, reflejándose en el cristal, pero ofreciéndoles un vistazo hacia el interior. Al verla por segunda vez, Gwen tuvo que admitir que la lona tenía la forma de un ser humano. La curva del hombro hasta la cadera estaba exagerada en una representación casi artística del cuerpo de una mujer.

“Ahora lo ves, ¿verdad?”, susurró Midori mientras presionaba contra la espalda de Gwen. “Eso no es pintura roja. Y está todo manchado desde adentro”.

“Ella, *si* es que es mujer, no podría haberse movido”, dijo Gwen.

Midori retrocedió unos centímetros para mirarla mejor. “La vi moverse”.

“Sé que lo pareció, pero es imposible. Debe haber sido otra cosa lo que lo causó. Midori, mira”.

Gwen desplazó con cuidado el haz de luz sobre la lona. Desde la cadera hasta el hombro, y luego a la parte de la lona que colgaba suelta.

“¿Ves? Reconozco a una mujer cuando la veo, Gwen”.

“¿Dónde está su cabeza?”.

El cabello de Midori golpeó el costado de la cara de Gwen cuando esta se movió. Con ambas manos apoyadas en el cristal, se inclinó más cerca, mirando fijamente hacia el interior de la oscura camioneta.

“Ay, Dios mío”, susurró Midori.

Gwen tragó. “Quizás deberíamos llamar a la policía”.

“Estoy segura de que la vi moverse”.

Gwen ya estaba maniobrando con su teléfono, abriendo el teclado de marcación sin quitar la luz de la lona. En el silencio que las rodeaba, el repentino movimiento de la tela se oyó como un látigo, haciendo que las dos chicas retrocedieran.

“¡Ajá ¡Te dije que se movía! ¡Lo viste!”. El momento de victoria de Midori se desvaneció rápidamente cuando la línea de emergencia contestó.

La voz de la operadora era tranquila pero autoritaria, un bálsamo relajante para sus nervios alterados. Era la primera vez que Gwen había llamado al 911, y la conversación fluyó mucho más rápido de lo que hubiera imaginado. Las preguntas de los expertos solo tardaron unos minutos en disminuir el pánico que se cocía a fuego lento dentro de Gwen, para extraer los detalles necesarios. La combinación del altavoz y el

relativo silencio le permitió a Midori seguir la conversación mientras aún estaba a un paso de distancia.

“¿Ha visto al dueño del vehículo? ¿Sabe cuántos son?”.

“No. Lo encontramos en el estacionamiento”.

“Quiero que mire a su alrededor. ¿Algo parece fuera de lo común?”.

El pánico contenido de Gwen se salió de ella en un arranque repentino.
“¿Aparte del cuerpo en la camioneta?”.

“Los oficiales están en camino. Pero, ahora mismo, necesito que sea mis ojos. Mire alrededor. Estudie bien el área por mí. ¿Hay algo o alguien que destaque?”.

Respirando hondo, Gwen examinó el área. Solo había sombras y espacio vacío.

“No puedo ver nada”.

“¿Y nadie sale de la tienda?”.

Ambas chicas se inclinaron instantáneamente a un lado, mirando por el costado de la camioneta para revisar la entrada. La puerta, brillantemente iluminada, estaba allí. Completamente vacía.

“Creemos que está allí, pero es solo una suposición”, dijo Gwen. Entonces se dio cuenta de que también estaban adivinando el género de quién había hecho esto. *No sabemos nada*. “Tienen que darse prisa, las luces de la tienda ya están apagadas”.

“Ya están en camino”.

Le tomó varias veces a la operadora recuperar la atención de Gwen cuando Midori se tiró repentinamente al suelo y comenzó a escabullirse debajo de la camioneta. Finalmente, obtuvieron la marca y el modelo del vehículo.

“¿El número de matrícula?”.

Gwen fue a regañadientes hacia la parte trasera de la camioneta y leyó la placa.

Un sonido remoto sofocó el aire que había en los pulmones de Gwen. *El elevador*. “Ahí viene”.

“Nuestros oficiales están a solo unos minutos. No lo enfrenten, ¿de acuerdo? Vuelvan al coche y traben las puertas”.

“Está bien. Mi...”. El nombre murió en sus labios cuando la luz interior de la camioneta se encendió.

Se echó hacia atrás al costado de la camioneta; alcanzó a ver a Midori justo cuando se subía al vehículo.

“¿Qué estás haciendo?”, siseó Gwen.

“Tenía una llave magnética oculta”, susurró Midori. Sus pies se perdieron de vista.

“Ahí viene. Sal”.

Medio apretada entre los dos asientos delanteros, la sacudida que Midori dio por el susto la hizo resbalar. Su torso cayó hacia la parte trasera.

“Sal de ahí”, susurró frenéticamente Gwen.

Presa del pánico, se metió en la camioneta y empujó a Midori a través del hueco hacia el asiento trasero. Mientras Midori se apartaba del camino, Gwen cerró la puerta de un golpe, casi agarrándose sus propios pies. La voz de la operadora llegó justo cuando las puertas eléctricas del edificio se abrían. Gwen relató el cambio de eventos en un susurro mientras se arrastraba detrás de Midori, deslizándose entre los dos asientos delanteros en busca de un lugar para esconderse. Al instante se arrepintió de esta decisión. Había sido un reflejo. Un reflejo estúpido y sin sentido que ahora podría llevarlas a la muerte.

Midori, al ser la más pequeña de las dos, pudo plegarse entre las sombras que se formaban detrás del asiento del conductor. Había una serie de chaquetas tiradas que la protegerían cuando la luz del techo se encendiera. Sin ningún lugar donde esconderse, Gwen se vio obligada a probar suerte en la parte de atrás. Se mantuvo lo más cerca posible del respaldo del asiento mientras se dejaba caer en el baúl. Aterrizar sobre unas latas de pintura la hizo querer gritar de dolor. Reprimió el sonido, agarró el borde de una lona enrollada y se acurrucó en la esquina. Sus pies acababan de ocultarse bajo el grueso plástico, fuera de la vista, cuando la luz del techo se encendió.

En el silencio absoluto, Gwen pudo rastrear al hombre solo con lo que oía. El suave sonido de la puerta del lado del conductor. Un estrépito metálico cuando lo que sea que había comprado chocaba y caía en el asiento del pasajero delantero. Casi había olvidado que tenía el teléfono en la oreja y la aplicación de la linterna aún encendida, hasta que los pasos del hombre se detuvieron. Lidar con el teléfono sin moverse era una tarea casi imposible. Se le llenaron los ojos de tibias lágrimas mientras pasaba el pulgar por los botones a ciegas, demasiado asustada para apartar el teléfono de sus oídos. El hombre se apartó de la puerta. La camioneta se balanceó y, con el movimiento, la puerta empezó a cerrarse. *Por favor. Por*

favor. Por favor. Gwen no sabía si la luz era visible a través de la lona. Si él cerraba la puerta antes de que la apagara, definitivamente no habría manera de no ver el lugar donde se escondía. Ya no. No cuando el movimiento de sus pies levantaba creciente sospecha. No estaba segura de cómo. Simplemente sabía, sin lugar a dudas, que así era.

La puerta se cerró de golpe; Gwen deslizó el pulgar por la pantalla del teléfono y se sumió en la oscuridad. La tensión permaneció como una boa constrictora que se enroscaba a su alrededor, aplastando el aire de sus pulmones mientras esperaba. O el hombre estaba fuera, nervioso y tratando de notar algo fuera de lugar, o estaba en la camioneta con ellas, listo para llevarlas a donde sea que planeara llevar el cadáver. *Si es un cadáver. Por favor, que no sea un cadáver.*

Sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. A Gwen se le heló la sangre cuando descubrió que no estaba bajo *otra* lona. A escasos centímetros de su pie, se notaba el material enredado que envolvía la forma que había atraído a las chicas. Unas formas se definieron en las turbias sombras; los detalles llegaban poco a poco. A medida que el denso aire se calentaba con los jadeos de Gwen, el aroma a cobre se hizo más fuerte. *Sangre.*

Se le revolvió el estómago al darse cuenta. En algún lugar, en el borde de su mente consciente, se le ocurrió que el cuerpo en sí no apestaba. *No ha estado muerta por mucho tiempo.* Todo rastro de pensamiento se hizo añicos cuando algo se sacudió repentinamente bajo la lona. El movimiento no escapó la atención del hombre. Afuera, los pasos golpearon el suelo, moviéndose rápidamente hacia la parte trasera del vehículo, y acto seguido, la puerta del baúl se abrió de golpe. La luz chocó contra el otro lado de la lona; el plástico hacía que fuera una serie de sombras y luz grisácea. Gwen dio un grito ahogado.

La luz adicional que se filtraba a través de la lona le permitió ver en detalle. Las yemas de unos dedos se asomaban por debajo de un pliegue de plástico justo al lado de su pie. No sabía por qué, pero la visión del agrietado esmalte de uñas púrpura de la mujer se quedó guardado en el cerebro de Gwen. Fue el suave y tranquilizador susurro que llegó a través de la línea telefónica lo que mantuvo a Gwen en silencio. Por mucho que la voz de la operadora la tranquilizara, Gwen sintió terror de que el hombre la hubiera escuchado. Este comenzó a revolver los artículos que había en la parte posterior del desorden que abultaba el baúl.

Gwen trató de calcular sus movimientos, usando cada tirón y golpe de las lonas para encogerse un poco más en la esquina, acomodándose para intentar mantenerse fuera de la vista, moviéndose hasta que se puso de costado. El teléfono quedó atrapado entre el frío piso de metal y su oído. Aun así, los dedos permanecieron en los bordes de su limitada visión. Gwen no podía apartar la mirada de las uñas astilladas mientras el hombre continuaba hurgando. La mano se contrajo. Las uñas golpearon el fondo metálico del baúl. Fue un sonido apenas audible, pero fue suficiente para que el hombre se congelara al instante.

El mundo entero se volvió opresivamente silencioso. Una vez más, Gwen contuvo la respiración, segura de que el menor jadeo la delataría. La mano se contrajo de nuevo. Era el silencio lo que convertía el suave toque de las uñas en fuertes golpes. Como un rayo zigzagueando a través de un cielo tormentoso.

“No”, susurró la voz baja de un hombre. “Shelby, detente. Detente ya”.

Los dedos volvieron a golpear.

“¡Detente!”.

La lona crujió y el cuerpo se movió hacia atrás, como si fuera arrastrado hacia la puerta abierta del baúl. Las uñas raspaban el metal a medida que los elementos sin identificar se derramaban en la noche. Enredado en la sábana de plástico, el cuerpo se llevó la lona. El aire fresco golpeó la caliente piel de Gwen. Gritó, arrojándose sobre el respaldo de la silla y más adentro de la camioneta, huyendo del grito sobresaltado del hombre. El talón de su pie golpeó contra algo sólido pero maleable, creando un ruido sordo, rítmico pero errático: el sonido atrajo su mirada mientras se acomodaba. *La cabeza. Le di una patada en la cabeza.* El cráneo cercenado rebotó fuera de la camioneta y golpeó al hombre, que estaba atónito.

Midori se levantó para agarrar a Gwen por los hombros y arrastrarla hacia el asiento. El teléfono se deslizó de los dedos de Gwen cuando estos chocaron contra el asiento del conductor. Cayó en algún lugar fuera de la vista, llevándose con él la voz sorprendida de la operadora.

“¿Estás bien?”, preguntó Midori en un jadeo, incluso cuando Gwen la empujaba a través del espacio entre los asientos delanteros.

Ambas se habían arrastrado hacia la parte delantera de la camioneta antes de darse cuenta de que nadie las seguía. Sus agitados respiros resonaban en los oídos de Gwen mientras giraban en busca de cualquier

indicio de movimiento. La luz del techo opacaba su capacidad de ver a través de las ventanas. Gwen apenas podía distinguir algo más allá de las farolas y la tienda, ahora oscurecida. La puerta de la camioneta se abrió frente a ellas y el tablero se les clavó en la espalda. El silencio descendió sobre ellas una vez más.

El cabello de Midori se ondeaba a su alrededor mientras giraba la cabeza sin descanso, tratando de ver a su alrededor.

“¿A dónde fue?”, susurró ella.

Gwen solo pudo negar con la cabeza. El hombre escapaba a sus sentidos tan fácilmente; era factible creer que nunca había existido. Una brisa dispersa chocó contra el plástico, haciéndolo chasquear y temblar. Juntas, las chicas asomaron la cabeza, estirando el cuello para mirar por encima del respaldo de los asientos. Algo había enganchado el extremo de la lona, fijándola en su lugar, mientras el otro extremo caía hacia afuera de la camioneta. La luz artificial convirtió las manchas de sangre en un rojo más intenso, casi negro. Ambas miraron hacia la puerta más cercana. Esperaron, conteniendo el aliento, pero las puertas no se abrieron. Quedaron sentadas en el crepúsculo artificial; cada una sopesaba la idea de que tanto un cadáver como un asesino las esperaban afuera.

“¿Deberíamos ir hasta nuestro auto?”, preguntó Gwen.

Los ojos de Midori se fijaron en ella, abiertos y sin pestañear.

“¿Crees que podemos hacerlo?”, susurró Midori.

Gwen tragó saliva, pero se obligó a asentir. “Sí. Por supuesto”.

“Tal vez deberíamos quedarnos aquí hasta que venga la policía”.

“No estamos a salvo aquí”.

“No estamos a salvo allá afuera”.

Los dedos de Gwen temblaron al meter la mano en el bolsillo y sacar las llaves del coche. La vista de ellas, la promesa de seguridad, mermaron la resistencia de Midori. Un grito tomó la decisión final por ellas. Venía de debajo de la camioneta, cerca de la parte de atrás. Las chicas salieron del vehículo y comenzaron a correr en apenas sus pies tocaron el suelo. Gwen solo miró hacia atrás una vez, para encontrar a Midori. Era pequeña, pero era rápida, y pronto alcanzó a Gwen. Los gritos las siguieron, espeluznantes y salvajes y empujándolas incluso cuando el terror amenazaba con dejarlas petrificadas.

Midori llegó al auto primero. Toqueteó la manija de la puerta, intentando abrirla rápidamente, aunque era evidente que aún estaba

cerrada. Los dedos de Gwen, resbaladizos por el sudor, se deslizaron sobre la llave. Estuvo a punto de caérsele dos veces antes de reunirse con Midori en el auto. El metal raspaba contra el metal mientras luchaba por meter la llave en la cerradura. Nunca antes había deseado no tener un vehículo tan viejo. Durante todo ese rato, podía sentir que algo venía por ellas, cada vez más cerca. Algo frío, salvaje y chispeando de rabia.

La llave se deslizó por el agujero, la cerradura se abrió y ella se metió en el auto, mientras extendía la mano para abrir la puerta del lado del pasajero y dejar entrar a Midori. Volvieron a trabar las cerraduras. Y luego quedaron solas, acunadas por el oscuro interior de su automóvil. Al otro lado del estacionamiento, la camioneta brillaba. Estaba demasiado lejos y había demasiada oscuridad para que Gwen distinguiera los detalles del cadáver que yacía desparramado sobre el concreto, medio enredados en la lona. Pero no necesitaba detalles para saber que su cabeza cercenada yacía a un metro del cuerpo.

“¿Puedes verlo?”, Midori jadeó.

“No”.

“Deberíamos irnos”. Midori no podía apartar los ojos del cuerpo. “Conduciremos a la estación de policía más cercana”.

“Bien”.

“No quiero estar aquí, Gwen”.

La desesperación que había en su voz sacó a Gwen de su estupor. A pesar de que la estaba apretando con tanta fuerza que le dolían los dedos, Gwen había olvidado por completo que era ella quien sostenía la llave. Era ella quien podía alejarlas de todo esto. Unas luces rojas y azules parpadearon en el cielo oscuro mientras Gwen luchaba una vez más por manejar la llave. Las sirenas pronto se unieron a ellas. A pesar de que no estaban con ellas, la promesa de que la policía se acercaba fue suficiente para que Gwen llorara de alivio. Dos autos de la policía irrumpieron en el estacionamiento; la luz que trajeron con ellos inundó el área, apartando las sombras tan fácilmente como el sol del mediodía. La mano de Midori cayó sobre el antebrazo de Gwen. No se había dado cuenta de que todavía estaba tratando de introducir la llave en el contacto hasta que sintió que su mano la tocaba.

“Bien. Tenemos que quedarnos”.

El silencio de Midori la puso nerviosa. Gwen se volvió hacia ella, luego siguió la mirada de la mujer hacia el cadáver decapitado. La luz les

permitió distinguir un detalle importante. El cuerpo era el de un hombre.

“¿A dónde fue?”, susurró Midori.

Congeladas en su lugar, se aferraron la una a la otra, apenas conscientes de que la policía pululaba por la zona. Más allá, la noche estaba fría, vacía y completamente imperturbable por la vida o el movimiento.

“¿Gwen? Si ese es él, ¿a dónde fue *ella*?”.

* * *

¡Historias extra GRATIS!

¡Vaya, esperamos que hayas disfrutado este libro tanto como nosotros al escribirlo! Si te gustó el libro, por favor deja un comentario. ¡Tus comentarios nos inspiran a seguir escribiendo sobre el mundo de horrores espeluznantes e incalculables!

¡No olvides descargar tus historias extra gratis! Regístrate en la lista de correo a continuación para descargar tus historias de terror completas, obtener relatos cortos gratis y recibir futuros descuentos:
www.ScareStreet.com/regalo